

zan por un lado las bayaderas al eco de religiosos instrumentos; corren por otro las procesiones bendiciendo y saludando á numerosos ídolos; el hidromiel y la soma fluyen de banquetes parecidos por su esplendor á los celebrados en las inaccesibles alturas por los inmortales; y del suelo al empíreo suben, como espirales de una tromba música y armoniosísima, las cadencias de coros y de sinfonías sin fin, á cuyos compases hasta los astros podrían danzar con movimientos concertados en el espacio profundo é insondable. ¿Quién se resistiría en esta vida cruel á las tentaciones de tales placeres como no fuese un enamorado, por cuyo corazón y por cuya memoria pasan, desde que lo sojuzgó el amor, los mismos afectos siempre y las mismas memoranzas?

Sólo el rey estaba triste allí, donde todos estaban gozosos y rientes. Redimió á Urvasia del infierno, y Urvasia, en cambio, encerró ese infierno en su corazón. La rosa de sus jardines, la serenata de sus ruiseñores, la melodía del aura entre las fuentes y las ramas, sólo daban el acrecentamiento de su dolor. ¡Con qué furia maldecía del rayo de la luna que rielaba en los lagos y sonreía en la floresta, como en aquellas noches tranquilas de un correspondido y feliz amor! El rey no podía conformarse con que la naturaleza indiferente sonriera mientras

él estaba horriblemente atormentado. Bajo el cielo clarísimo y luminoso, cargado en lo alto de astros y en lo bajo de luciérnagas, una tempestad enorme tronaba en su corazón. Mil veces pidió á zumos adormecedores, á beleños casi asesinos, el indispensable descanso, y no pudo conseguirlo, desvelado por sus inquietudes, y, si lo conseguía, no pudo recabarle, no, el necesario saludable olvido. En el sueño, en su fondo, estaba también la ninfa Urvasia, como en el fondo de su retina y como en el fondo de su pecho. Y soñaba, con placentero sueño, que la conducía solícito á los altares, abrazando la esbelta cintura con su fuerte brazo. Pero luégo se despertaba y veía que sólo abrazó á una fantástica sombra. Veíala cuando todos los seres estaban envueltos en tinieblas, oía cuando todo el universo estaba sumido en silencio. Desesperábase, pues, de tal estado, y no podía en tanta pena renunciar á él. Y muchas veces el cuitado, sin darse cuenta de lo que le sucedía, lloraba, y lloraba con indecible amargura, en fuertes y penetrantísimos sollozos. Inútilmente las bayaderas danzaban en torno suyo, para provocarle al amor por otra mujer; los bufones le decían toda suerte de gracias, para ver de arrancarle alguna risa; quedábase á cada nuevo asomo de divertirle más triste, y aseveraba que todo aquello solamente le producía un doloroso hastío.

En su dolor mandaba que se apagara la lumbre del hogar, pues no quería comer; que se cerraran las fuentes del jardín, pues no quería beber; que se diese libertad á las fieras, pues no quería jugar; que se rompieran las flautas y las arpas de sus conciertos, pues tan sólo quería oír el eterno quejido de sus dolores acerbos. Aunque rey, hubiera cambiado su condición altísima por la horrible de cualquier paria, con tal de verse preferido por Urvasia.

Sin embargo, una noche sintió melodiosas cadencias, que llovían del cielo sobre su alma. Y era Urvasia, la cual, invisible aun á sus ojos, cantaba para consolarle y para decirle cómo el cielo mismo le había parecido tan triste cual el infierno sin su presencia y sin su amor. Como Urvasia tenía la condición de no ser vista, cuando á ella le placía, por los ojos mortales, también tenía la condición de no ser oída sino en el grado que á ella le pluguiese. Y á pesar de haber dicho que no le satisfacían las alturas celestiales, ni al paladar las mieles fluidas por los árboles del Narana hermoso, ni al oído la concertada música de los astros, ni á la vanidad las joyas forjadas con reflejos de la blanca luna por mano de Indra, pues solamente le satisfacía el amor correspondido y verdadero, el rey no pudo distinguir bien la letra de aquellos himnos amorosos ni la voz suave que iba produciéndolos, y

tomaba tanta melodía por espejismos de su oído, fantaseados al resplandor de su deseo, y por ilusiones de su alma, desprendidas al sacudimiento de su amor. Para prepararlo Urvasia con cauteloso cuidado al tránsito feliz que le aguardaba, lejos de tomar la forma visible y aparecer así á su vista, mandóle una misiva por medio de una hoja de boj, en la cual escribiera y grabara todo su pensamiento. Al verla caer creyó ver una piel de serpiente; mas remirándola, como advirtiera la hoja baladí, quiso apartarla con su propia mano, y cuando bajaba para cogerla, notó que tenía grabados algunos signos. El rey se frotó varias veces los ojos, pues apenas podía dar crédito á su mirada, que le transmitiera estos misteriosísimos renglones: «Consagrada muy de antiguo al culto del sol, sus rayos no tienen fuerza bastante á vivificar mi corazón. En mi lecho de olorosas hierbas sembradas de flores de Pariyata no encuentro reposo. Las brisas del Narana me parecen huracanes ardorosos, porque yo no quiero ni el cielo ni la tierra sin tu amor.» Inútil decir, conociendo la pasión del rey por Urvasia, cómo recibiría este mensaje de amor. Tendiéronse instintivamente sus brazos á las alturas, y estrechó, en efecto, contra su corazón, el aire aquel de donde había bajado la música sonora y el mensaje amorosísimo.

Por fin Urvasia tomó la forma visible y natural á los ojos del rey. Y todas cuantas especies indeterminadas é indefinidas dijera en los oídos del monarca desde las alturas, tradújolas el humano y comprensible lenguaje para que pudiese oirlas con verdad y con certidumbre aquel á quien iban desde su íntimo pecho consagradas. Díjole, pues, cómo abandonara la mansión de los inmortales, rompiera contra su pavimento la copa hecha de un astro en que los dioses le regalaban su néctar, todo para irse con él y gozar del amor suyo bajo el inmenso manto de una tranquila soledad. Herido el rey por aquellas palabras, comenzó á decir que fueran sus guardas, sus sacerdotes, sus ministros, á rodearle, y entonar un himno sin término ni fin, y trocaran la ciudad santa en continuo banquete, y enseñasen á todos los papagayos del reino á decir el nombre de Urvasia, y esparcieran el oro de sus arcas por el suelo para que lo recogiesen sus vasallos y se regocijase todo el mundo como se regocijaba su propio corazón. Ochenta mil sacrificios dispuso en honor de Brahma con el fin de hacerle aceptar su boda. Así los pajes del rey sacaban el toro y la vaca, coronando sus astas áureas con guirnaldas celestes y rosas blancas. Tras los pajes danzan las bayaderas al son de las liras, que acompañan himnos voluptuosos, cuyas cadencias expresan todas cuantas sen-

saciones presiden al amor y á sus goces en el universo. Millares de áureas jaulas, conteniendo coros de melodiosas aves y suspendidas de los arcos de triunfo, cantan, como si fueran á estallar, en competencia con los músicos regios que tañen trompas y flautas. Los guerreros, montados en caballos y elefantes, suenan con estrépito á los golpes de sus lanzas los escudos vibrantes. Los vasia ó mercaderes cubren las calles con telas de mil colores para dulcificar los rayos del ardiente sol índico. Los neófitos y los brahmanes forman vistosas procesiones. Éstos van delante rogando por los esposos, mientras aquéllos detrás, vestidos con túnicas blancas y mantos de gacela negra, el cuello adornado con el cordón sacro, resplandecientes de juventud espléndida y diciendo versos armoniosos acompañados por himnos de suaves y deliciosas cadencias. Las labradoras arrojan por el suelo con profusión las balsámicas esencias indias. Inútil, pues, decir que huelen por modo penetrante así los vasos llenos de mirra como los vasos llenos de almizcle. Las rosas y los claveles resaltan entre las ramas de los bambúes que componen á modo de alfombras. El azahar, el jazmín, las azucenas, el azafrán, la pimienta, la canela, el nelumbo, despiden aromas tales que producen embriagueces y ardores como si el sol penetrara por vuestras venas y se subiese por me-



dio de vapores embriagantes á las cabezas trastornadas hasta tocar en los límites de una insensata demencia. Así las enfermedades nerviosas, tan frecuentes en las pagodas y en las ceremonias indias, que dan al cántico, al baile, al verso, aspectos y formas de un desarreglo nervioso, sobreexcitado por un delirio espiritual.

Lo más hermoso de toda la ceremonia era su lado femenino, las mujeres que componían el acompañamiento y lo adornaban. Ceñidas de flores, pintadas al gusto indio, envueltas en gasas de todos matices, gorjean y danzan á una sin fatigarse ni rendirse. Las ventanas, que pueblan y embellecen con sus gracias, seméjanse á brillantes pajareras, donde alegra la vista el color de aquellas plumas y alegra el oído las cadencias de aquellas canturias. Urvasia se presenta vestida de blanco, envuelta en su manto celeste, ceñidas las sienes de guirnaldas, la garganta ornada de gruesas perlas, brazaletes áureos en los torneados brazos, estremecida por el sentimiento de placer que sacude todo su cuerpo, realizada por el rubor que colora y enciende sus mejillas. El poeta, cantor de sus nupcias en gracioso epitalamio, compara los ojos negros de aquella belleza increíble, resaltando en su alba y sonrosada faz, á dos abejas lucientes, ocultas en las corolas de dos suaves rosas. El rey viene á buscarla. Una

túnica, bordada con todos los colores del Paraíso, lo envuelve; un manto carmesí de sus hombros pende y se arrastra por el suelo; áurea corona brilla en su espaciosa frente; sandalias de plata encierran sus piés; y á un tahalí, compuesto de ricas piedras, van ceñidas las insignias de su mando, los atributos de su regia soberanía. Siéntanse los dos novios en su carro de oro, que compara el poeta epitalámico al mar cuando baja por uno de sus bordes el astro del día, mientras por otro de sus bordes sube á su vez el astro de la noche. Por fin llegan al pie del ara. Un venerable brahmán atiza la llama del sacrificio, que centellea, como naciente aurora, y en esa llama esparce granos de trigo y manteca derretida, que levantan á los aires una indecisa nube, como las ilusiones del primer amor. Los dos amantes toman el fuego que arde sobre las aras por testigo del fuego que arde á su vez en los dos corazones. En seguida se dan las manos, y al tocarse una con otra, visible sacudimiento de placer agita sus cuerpos y enardece sus almas. Después de haberse dado las manos, ruedan en torno de aquel sacrificio como el círculo que forman la noche con sus estrellas y el día con su sol rueda en torno del Merú, centro de la tierra. Y acercándose al fuego Urvasia, vierte manteca fresca y arroja granos nuevos que, alimentando las llamas, le dan forma y

figura de purpurino loto. Y con esto el sacrificio concluye. Cuantos los ven pasar tan hermosos, compáranlos al amor y á la felicidad unidos. Así deben estar destinados á producir seres felices que ornén y pulan el mundo. «Id, gritan las gentes, id reyes á vuestro lecho; gozad en paz de vuestros santos amores. Que os ilumine nuestro sol y os bese nuestra luna. Que os unáis como el fruto á la flor, como la flor al tallo, como el tallo á la rama, como la rama al tronco, como el tronco á la raíz, como la raíz al suelo. Que seáis felices, felicísimos.»

Estas festividades tenían todos los caracteres del suelo indio, y lo compendiaban de un modo maravillosísimo. Aquellas altas mesetas centrales del Asia, que podríamos, por las nieves perpetuas aglomeradas en sus cumbres, llamar cristalinas rotundas del viejo mundo, fluyen ríos, á cuyos riegos y filtraciones las tierras más áridas se tornan fecundas. Así el Ganges y el Indo aparecen como dioses, y sus aguas, especialmente las del primero, están consideradas y bendecidas como sacras. Así los bueyes que pastan en sus praderas, los elefantes que por sus selvas y bosques vagan, hasta las serpientes y demás reptiles que laten por la viciosa hojarasca, si no dioses, aparecen como cooperadores de los dioses y como atributos indispensables á las varias y múltiples divinidades. Lo mismo suce-

de con las flores, de cuyos matices copian los indios el vistoso colorido de sus chales, de sus gasas, de sus cachemiras, de sus velos, de sus tisúes, de sus ropas todas parecidas á los arreboles compuestos por el rebote de la luz en aires y en aguas. Dos afectos caracterizan perfectamente al indio: su afecto por las joyerías y su afecto por las esencias. En sus casas ricas arden á la continua pebeteros que llenan los aires de perfumes, como en sus personas, hasta en las pobres, toda suerte de pedrería cortada por deslumbradoras facetas, donde los rayos del sol chispean y las chispas se parecen á multicolores aereolitos. Bien es verdad que á todo convida un territorio en cuyos campos se cogen desde canela hasta cochinilla y añil, en cuyos montes se cuajan desde los rubiés hasta los záfiro, en cuyos mares abundan las ricas madreperlas. El indio adorna como nadie desde los pectorales hasta las sandalias, y desde un pebetero hasta un puñal. En parte alguna consigue la vida el carácter de volcánica erupción que alcanza en la India, donde parecen multiplicarse las formas de los objetos, el organismo de la materia, el número de las especies, los hilos y urdimbre de la universal sustancia. Un gigante de aquellos tiene cien brazos, una vaca mil tetas, una serpiente innumerables áspides, un árbol forma y dimensión de colina, una colina estatura

de monte, un monte algo celeste perdido allá en el éter y manando de sus piés ó raíces ríos que suben y crecen hasta tomar los caudales y la extensión de verdaderos Océanos. Y no hablemos de sus templos. En una gran montaña, vaciada por dentro y concluída por fuera en forma de pirámide, han tallado estas divinas mansiones, huecos inmensos, á los cuales tan sólo parece haber contribuído el fuego creador de que los mundos se han formado y no el tan débil como fugaz esfuerzo nuestro. Las gruesas paredes, las planas techumbres, los sacros pavimentos, las columnas de un grandor desmesurado y con formas así de árboles como de flores, las capillas por doquier abiertas, los grandes animales allí tallados recordando las edades prehistóricas, los idolillos esculpidos entre cinceladuras exquisitas en piedras de un arte y de un gusto delicadísimo, todo corresponde con la idea fundamental de una religión, en que divinidades, arraigadas por sus raíces en el suelo y coronadas en sus frentes con ideas metafísicas, luchan entre sí como representantes del mal y del bien, tan diversamente distribuídos sobre la tierra, para confundirse luégo é identificarse por modo maravillosísimo en el gran seno de Brahma.

Hay en el arte arquitectónico indio igual disparidad, pero igual riqueza que hay en su inmenso te-

rritorio. Como en todos los pueblos orientales la pagoda no representa un templo tan sólo, representa palacios, fuertes, monasterios, terrazas sobrepuestas que, partiendo muchas veces del seno de las aguas, bien reunidas en lagos, bien corrientes en ríos, ascienden á increíbles alturas, bellamente rematadas por diademas de sonoros palmerales y por guirnaldas múltiples de multicolores lianas. Pórticos pintados, ojivas desmesuradas, mosaicos parecidos á joyas cargadas de pedrería, bajos relieves donde la flora y la fauna se manifiestan como en el seno de aquellos campos, rotondas gigantescas, torres que vuelan á las alturas, todo esto da indudablemente á los templos índicos un carácter muy propio suyo y muy separado por rasgos diversos de los demás templos asiáticos. Fingíos una de tales pagodas en el día de las nupcias celebradas entre Urvasia y el monarca, fingíosla con todos los aditamentos que una fiesta de tal clase lleva consigo, y la creeríais, en verdad, no tanto un objeto real como un fantástico ensueño. Poned allí, entre los ladrillos del color de la rosa, entre las porcelanas entalladas en las paredes, bajo los velos de gasas vistosísimas repitiendo todos los colores y todos los matices, al sol abrasador de la India, el suelo mullido por la humedad y cortados por enormes arrozales, plantas parásitas en número increíble mecidas por un viento fuerte

que las trueca en refrigeradores abanicos, los ídolos cubiertos de pedrería, las bayaderas enlazadas unas á otras con cintas y flores danzando en bailes vertiginosos, el elefante con sus torres de oro y sus palanquines de púrpura sobre las espaldas, millares de áureos pebeteros que componen nubes de aromas, las vestimentas bordadas con realces de perlas, escudos y armas brillando como astros, sandalias relucientes, tiaras más relucientes todavía, plumajes de raras aves, reptiles brillantísimos encantados por fórmulas y miradas mágicas, el tambor, y el crótalo, y el arpa, y la cítara, y tantos instrumentos, coros de vírgenes, legiones de guerreros, nubes de cortesanos, divinidades en muchedumbres, sacrificios sin fin, ceremonias compuestas por bailes y cánticos, y decidme si todo aquello que alcanza la vista no revela el monstruoso grandor, la majestad enorme, la vida exuberante, las formas múltiples del panteísmo materialista, todo él compenetrado por el espíritu de Brahma y concluído con la corona espiritual de una sublime y centelleante trinidad.

Nada tan molesto para los amantes verdaderos como la numerosa compañía. Entre tantos objetos y tal muchedumbre de pueblos y personas debían estar muy contrariados el orgulloso monarca y su amada novia. Así el rey le anunciaba por lo bajo y al oído que bien pronto iba la completa soledad á

envolverlos en sus pliegues. Aquella tonante pasión que, á guisa de tempestad, les había calcinado los huesos y consumido la sangre, debía trocarse pronto en felicidad tranquila y satisfecha. El rey precipitaba todas las ceremonias, deseoso de acabar aquella fiesta y redimirse allá en el seno de los palacios y en el fondo de las alcobas con la predilecta de su corazón. El infeliz no había contado con los dioses. Aquel espectáculo de la corte ardiendo en fiestas alcanzó tanta solemnidad y hermosura tanta, que los inmortales se sintieron heridos, allá dentro, de rencorosa envidia, pues entraba el centelleo de tanto resplandor y el eco de tantas armonías en el mismo cielo. Y como Urvasia, la bella y gentil, á fuer de apsara, pertenecía por algún lado y por alguna facultad á los inmortales, conviniéronse todos éstos, y especialmente Indra, el bello y luminoso, en arrancársela, siquier fuese violentamente, al envanecido y ufano monarca. En efecto, nada podía en aquellos jerárquicos círculos de la vieja India el hombre, siquier se llamase rey, contra los mandatos divinos, siquier apareciesen tan caprichosos cual aquel que una vez requería por celos y por envidias á Urvasia tras haberla muy poco antes desdeñado con verdadero menosprecio. No habían menester mostrarse las divinidades indias para conseguir obediencia; bastábales con leve indicación de su di-

vina voluntad. Hiciéronla en aquel momento mismo de la ceremonia en que las fórmulas de la liturgia se iban concluyendo, y esta indicación bastó para que todo concluyera y el rey probara cuán grandes penas infligen las divinidades indias á quienes desde baja condición suben por escala de orgullo á las alturas inaccesibles. En cuanto los dioses atrajeron á Urvasia, comenzaron sus alas á sacudirse sobre sus espaldas, los piés á levantarse del pavimento, la túnica nupcial á convertirse poco á poco en una especie de nube animada é impelida por el viento, y todo su sér á perderse, como los aromas de los pebeteros y como las llamas de los sacrificios, en las alturas. Urvasia volvió, pues, merced á esta índica transfiguración, volvió á perderse allá entre sus inmortales compañeros los dioses de la India.

Inútil encarecer cómo quedaría el rey tras este raptó divino. Una felicidad que ya tocaba con las manos desvanecía-se cual se desvanece feliz ensueño á los ojos recién abiertos de un sér desgraciado. Así llevóse la mano á la frente para contener la razón, que se le huía, y se frotó los ojos para indagar si concertaba ó no lo que había visto con la realidad, pues todo, alrededor suyo, tomaba el aspecto extrañísimo de funesta pesadilla. Invocó desesperado, con grandes voces, á Urvasia. Y convencido por el vacío y por el silencio de que sola-

mente le contestaba el eco, retorcióse con verdadero furor, entregándose á súbita desesperación. Desde tal momento, el rey odiaba, no sólo el trono, sino también la vida. Púrpura, túnica, manto, diadema, báculo, espada, todo le parecía ya como ajena cosa y todo le abrumaba. De monarca, el infeliz, quería pasar á penitente. Recluído en espeso bosque, al pie de árbol sagrado, sin beber más que agua, sin vestir más que palmas, sin comer más que raíces, maceraría su cuerpo á ver cómo estas maceraciones de la carne atormentada podían servirle para burlar un poco los dolores acerbos de su corazón herido y de su amor desengañado. Lo primero que hizo fué despedir los sacerdotes, guerreros, cortesanos, y encerrándose, como en fúnebre sudario, dentro de su palanquín, irse al palacio, para quedarse sólo con su pena en el sitio mismo donde había querido antes quedarse sólo con su amada. Para morir, su deseo único desde tal amargo trance, bastábale beberse sus lágrimas él mismo, porque las lágrimas, envenenadas por el dolor, debían á su vez envenenarle. La hoguera nupcial se convirtió en hoguera funeraria. Los banquetes nupciales pasaron á banquetes fúnebres. El epitafio se trocó en elegía, y el rey, que soñara con tálamo bendecido y feliz, tendióse, á guisa de mísero cadáver, en su lecho, cual pudiera en el sepul-